

1887.

TODAVÍA LA PROVIDENCIA

De todas las Casas Salesianas una de las que más sufrió con el terremoto de 23 de febrero de 1887 fué la de Vallecrosia, cerca de Bordighera. Apenas pasada la catástrofe, fué necesario mandar provisionalmente á sus casas á la mayor parte de los niños que se educaban en el establecimiento.

Esta medida extrema dejaba no pocas almas en gran peligro, pues que siendo Vallecrosia un nido de protestantes de reconocido proselitismo, los pobres niños quedaban expuestos á caer en el error y perder la fe.

Se comprende el interés de Don Bosco en la reparación inmediata de tan importante casa, y aunque no sabía cómo conseguir recursos, envió un arquitecto que estudiara el coste de la compostura. El presupuesto, para dar á la casa la seguridad suficiente, fué de seis mil francos; en cuanto á la restauración completa era menester un crecido gasto.

Don Rua, á quien llegó la respuesta, llevóla luego á Don Bosco, que se hallaba á la sazón en el refectorio, y le preguntó dónde podrían obtenerse los seis mil francos cuya necesidad era tan urgente.

Don Bosco se contentó con responderle con su habitual tranquilidad: ¡Dios proveerá!

Casi al concluir la comida, es introducido un

antiguo amigo de Don Bosco y bienhechor insigne de sus huérfanos, el conde de Maistre, y le dice: —Padre mío, una tía quería dejaros un legado; pero, pensando en los inconvenientes y dificultades que ofrecen semejantes dominaciones, ha preferido ayudaros en vida y os envía estos seis mil francos.

Conmovido Don Bosco presentó al Conde la carta del arquitecto y añadió: —Ved como María Auxiliadora ha inspirado á vuestra tía. Servíos de expresarle mi reconocimiento y decirle que su generosa ofrenda es del todo providencial.



LAS PALABRAS MÁGICAS DE DON BOSCO

Tal es el nombre que los niños del Oratorio solían dar á ciertas palabras que dichas al oído por Don Bosco producían un efecto tan inmediato como maravilloso. A veces era tan sólo una reflexión, ó una inesperada respuesta, ó un acto aparentemente ordinario; pero que, llenos de unción sobrenatural, producían impresión extraordinaria.

Un día Don Bosco llama aparte á Don M***, Prefecto en el Oratorio de Turín, y con gran seriedad le dice:

— Amigo mío, escucha: quiero que seas comerciante de aceite.

— ¡Comerciante de aceite!

— Sí, comerciante de aceite.

— ¡Pero, Don Bosco... un religioso!

— Sin duda; mas tú eres Prefecto, y como tal debes cuidar del Oratorio. Me parece haber oído rechinar algunas puertas; un poco de aceite en las bisagras las suaviza.

— Bien, es verdad; pero yo no veo para que...

— Y por otra parte — añadió Don Bosco con inefable sonrisa y marcando las palabras — tus hermanos también *rechinan*...; así que cuando trates con ellos no olvides proveerte de un poco de aceite.

Don M*** comprendió lo que Don Bosco le quería decir. Ahora es el Sacerdote más dulce y afable, *Salesiano*, en una palabra, en el cual se advierte que Don Bosco no perdía su tiempo al dar con tanta delicadeza sus preciosas lecciones.

*
**

Este buen Padre era de tal modo dueño del corazón de sus hijos que con una palabra los hacía felices, á la vez que la sombra de una reprensión suya los sumía en la mayor tristeza.

En cierta ocasión que necesitaba una poesía para la fiesta de una bienhechora de sus Obras, como encomendase á uno de sus escolares que compusiera algunos versos, tomando éste la cosa de veras puso manos á la obra; pero por desgracia las musas se mostraron sordas á sus desesperadas invocaciones y nada consiguió componer.

¿Qué dirá Don Bosco? Irse á acostar sin besarle la mano era demasiado duro. ¡Ah! dijo entre sí; quizá se habrá olvidado, y, aunque no sin temor, va á darle las buenas noches.

— ¿Y mi poesía? le pregunta Don Bosco.

— He probado á hacerla....; pero ni una idea me ha venido.

— ¡ Conque así! Ya sabré para otra vez á quien dirigirme.

Díjole esto con toda suavidad; no obstante el niño quedó profundamente afligido y fué menester la ingeniosa solicitud de Don Bosco para borrar la gran impresión en él producida.

Han pasado muchos años de esto. Aquel niño es ahora un buen poeta; pero jamás puede, sin emoción, traer á la memoria tal recuerdo.

*
**

Una noche — cuenta Don Francesia — que, hecha la señal para irse á acostar, no guardamos pronto silencio, Don Bosco con suavidad nos dijo: *No estoy contento de vosotros*, y nos mandó al dormitorio sin darnos á besar la mano. Fué éste el castigo mayor, el más penoso y sensible.

Desde ese día; apenas aparecía Don Bosco podía oírse volar una mosca, y la campanilla, que tanto se había agitado hasta entonces, tornó casi á un absoluto silencio. El solo pensamiento de que podía renovarse el castigo nos hacía temblar.

*
**

Habiendo muerto de repente el Conde de M*** bienhechor del Oratorio, la familia hizo llamar á Don Bosco, quien al visitarla la halló en la mayor desolación.

Apenas hubo entrado en la sala mortuoria,

cuando todos, anegados en lágrimas, se echaron á sus pies.

Don Bosco se limitó á decirles: *¿Dónde está vuestra fe?*

Para comprender la fuerza de esta expresión es menester saber que la ejemplar vida del difunto era una preparación continua para el viaje á la eternidad: comulgaba todos los días y se confesaba semanalmente.

Inmediatamente la resignación y la calma llenaron aquellos corazones destrozados.

*
**

Un día que Don Bosco aceptó una comida en casa del Conde de Camb***, encontróse entre los invitados un general justamente célebre; pero cuyas preocupaciones religiosas le habían sumido en la indiferencia. No dejó éste durante toda la comida de observar cautelosamente la actitud de semejante *Cura*.

Cuando hubieron salido del comedor, empeñóse cada uno en pedir algún consejo á Don Bosco, como quiera que los daba con tanta oportunidad y gracia.

— Es necesario que yo llegue á él á mi turno, dijo para sí el General; ¡será cosa curiosa saber lo que me dice!... Pero, aunque no conocía el miedo, siente una inquietud vaga é indefinible, que vencida al fin, se le acerca:

— Y á mí, Padre mío, ¿no tenéis algo que decirme?

— ¡Oh! Señor General, perdonad; también tengo algo que encomendaros. Puesto que todos los que me rodean se imaginan que el pobre Don Bosco está próximo á ser canonizado, ¡vos, al menos, *ayudadme á salvar mi alma!*

Bien se adivina la estupefacción del General.

— Gracias, mil gracias, Don Bosco, exclamó; sólo vos podíais darme un consejo con tanta franqueza y delicadeza.

El distinguido militar no tardó en echar á un lado la indiferencia y respeto humano y poner grande empeño en el asunto de su salvación.

*
* *

Con ser en extremo humilde y tranquila la palabra de Don Bosco, era tan manifiesto y notorio el poder que ejercía aún sobre los corazones menos bien dispuestos, que hasta en la administración del Estado era singularmente temida, y en la época en que se decretó cerrar el Oratorio se tomaron al mismo tiempo todas las precauciones para que Don Bosco no pudiera ser recibido por ningún ministro.

*
* *

Habiendo Don Bosco predicado un día sobre el desprendimiento de los bienes del mundo, inmediatamente después se presenta á él un caballero que en la misma mañana, hecha la escritura correspondiente, le había prestado doce mil francos.

— Aquí tenéis, le dice (poniéndolo en manos de Don Bosco), un papel que no necesito y que podéis romper. Vos habéis abierto mis ojos á la verdadera luz: ¡sólo Dios! no hay más bien que Dios!

Muy pronto ese feliz Cooperador abandonó el siglo y renunció cuantiosos bienes para abrazar la pobreza y vivir con Don Bosco.

*
* *

Las cartas de Don Bosco, si bien admirables, eran tan sencillas en apariencia que su escribiente quedaba maravillado del efecto que producían.

Un día, por ejemplo, expuestas sus dificultades para mantener á sus huérfanos á una persona resuelta á no darle limosna alguna, apenas ésta recibió la carta de Don Bosco, le envió una importante ofrenda.

*
* *

En 1865, estando Don Bosco en Florencia, la multitud que á él acudió quedó bien pronto enamorada de la dulzura y encanto fascinador de sus palabras; de modo que cuando anunció su partida fué general la impresión de desagrado.

— ¡Partir tan pronto!

— Mis niños me esperan.

— ¿Qué os apremia?

— Pagarles el pan.

— ¿Y si yo lo pagase? le dijo una señora.

— ¡Oh! En tal caso quedaría gustoso aun una semana con vosotros.

— Bien. ¿De cuánto es la deuda?

— De doce mil francos.

— Hoy mismo los tendréis.

La caritativa señora cumplió pronto su palabra, y en consecuencia mantuvo también Don Bosco la suya.

*
* *

En 1883 hallábase Don Bosco en París, cuando un día se le presenta un caballero, entrado en años y de finos modales, á quien no conocía y que venía á pedirle un consejo.

Apenas le había saludado cuando Don Bosco, interrumpiendo las primeras palabras de su interlocutor, le dice: — Señor, cumplid con la Pascua.

Sorprendido este quiere continuar su discurso; pero Don Bosco, con voz dulce y penetrante, le repite: — Señor, cumplid con la Pascua.

Sin comprender tan singular insistencia, no poco turbado el caballero, hace todavía una ó dos tentativas. Mas Don Bosco no modifica su fórmula; márcala sí con un acento imperioso y tierno que acompaña con mirada y sonrisa inefables que hacen penetrar en el obstinado corazón la *palabra mágica*.

El Señor X***, enternecido hasta derramar lágrimas, proclamaba después que aquel divino con-

sejo, tan á propósito, había reanudado una cadena de gracias desde algunos años interrumpida. Al día siguiente iba á comulgar con toda su familia, y á partir de tan dichoso momento su vida es de cristiano ejemplar y ferviente.



RETRATO DEL SALESIANO

En *Don Bosco y su Obra*, precioso opúsculo del eminente Obispo de Milo (1), hallámos un fiel *retrato del Salesiano* que con gusto reproducimos:

«Débese á Don Bosco una creación: la creación del Salesiano.

»El Salesiano no es el Jesuíta, soldado, por así decirlo, del escuadrón sagrado, ó sea, de la milicia escogida que la Iglesia destaca contra sus enemigos más fieros, y principalmente contra este mundo moderno, tan lleno de soberbia, tan engreído de su ciencia y de su valor; no es el Capuchino, el fraile más popular entre todos los frailes, con sus austeridades y rigores, con su menosprecio de los bienes terrenales y esa absoluta desnudez interior y exterior, que pone espanto; no es el hijo de Benito, que mora en las soledades y pasa la vida entre el estudio, el canto de las divinas alabanzas y el culto de la tierra; no es el discípulo

(1) Actualmente Obispo de Málaga.

de José de Calasanz, bienhechor en alto grado, benemérito de la Iglesia y de la sociedad, pero consagrado á una sola tarea; no es... nada de eso.

El Salesiano es el hombre de la abnegación y de la humildad, que vive muerto sin pensar que lo está, que hace el bien creyendo que no hace nada, que se sacrifica sin acordarse de ello y aun casi ignorándolo, y que venido á la hora postrera, se estima el último entre los servidores de la Iglesia. Va allí donde le mandan; toma las cosas y las acepta como se las dan, y fabrica su nido lo mismo entre las floridas ramas de árbol frondoso, que en la piedra saliente de tosca y desnuda roca. Sus características virtudes son no quejarse nunca, aunque todo se le torne contrario, y no desmayar jamás, esperando siempre en la Providencia.

»Tiene el Salesiano algo de la energía, de la actividad, de la extensión y alteza de miras y de la incontrastable firmeza del Jesuíta; tiene algo de la popularidad del Capuchino; tiene algo del recogimiento y de los hábitos del trabajo del monje; tiene algo en fin de todos los Institutos religiosos conocidos, siendo no obstante un tipo nuevo.»

El 22 de mayo de 1879 Monseñor Antonio Belasio, célebre misionero apostólico, con elocuentísimas palabras pronunció delante de numeroso auditorio este otro juicio magistral sobre el Salesiano: «Hoy, dijo, por un mezquino interés se oprime al pobre obrero hasta extenuarle de fatiga, se sofoca aún al niño en oficinas donde no se le da siquiera tiempo de pensar en Dios y en su alma; y hé aquí

que los Salesianos abren por todas partes talleres de artes y oficios, y que no con la codicia de crueles especuladores, sino como amigos, como padres á millares de pobres niños suministran los medios de ganar honradamente el pan, sin robarles el aire y quitarles la vida. Hoy se clama por instrucción; y hé aquí que en Italia, Francia y América gracias á los Salesianos y á sus Cooperadores se fundan como por encanto colegios, escuelas, oratorios festivos, en los cuales el maestro salesiano y las Hijas de María Auxiliadora enseñan y educan en el santo temor de Dios á sinnúmero de niños de ambos sexos. Hoy se ama la música; y los Salesianos inspirados en angélicas armonías componen maravillosas composiciones, enseñan la música instrumental y vocal en uno y otro hemisferio, conmueven los corazones, dulcifican las costumbres y levantan los pensamientos al Cielo. Más aún: el Salesiano escribe obras populares, publica y difunde millones y millones de sanas lecturas con lo que satisface las exigencias del siglo presente que da en llamarse de las luces; hace por decirlo así popular y democrática la ciencia. He dejado, señores, escapar una palabra, y en vez de retirarla la mantengo y repito. Sí, en este siglo se habla mucho de democracia; pues bien, ved en los Salesianos á los verdaderos demócratas, que tales se manifiestan con instruir al pueblo, con amparar á los pobres, con educar á los niños que yacen en la miseria y en sumo abandono, los cuales forman la mayor parte de la sociedad.»

Indicada en seguida la escasez de obreros evangélicos y la necesidad de misioneros que trabajen en el viejo y nuevo mundo, el orador invitó á su auditorio á fijar la atención en los jóvenes levitas que formaban hermosa corona en el presbiterio de la iglesia: «Hé ahí, señores, añadió, un nuevo Cenáculo presidido como el de Jerusalén por María Auxiliadora; hé ahí el fecundo plantel de sacerdotes católicos, hé ahí á los Salesianos formando como nuevos eslabones para continuar la cadena de apóstoles de Jesucristo y proseguir en el mundo la gloriosa obra de la Iglesia. Salesianos, concluyó Monseñor Belasio, dad una ojeada al vasto campo que ante vuestros ojos se ofrece; la mies es abundante y tiempo es de recogerla. Levantaos, id, esparciós por el universo entero y segad. Aunque seáis los últimos en llegar no por eso dejará de ser abundante vuestra cosecha; enriqueceréis con nuevas conquistas á la Iglesia Católica y alegraréis con nuevas fiestas el Cielo: *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae.*»



ALGUNOS PENSAMIENTOS DE DON BOSCO

¿Qué más hace el mundo que llenaros el corazón de tierra?

*
* *

¡Ah! ¡si se comprendiese el inestimable valor de la obediencia!

*
* *

No ceséis de estudiar la humildad y la caridad.

*
* *

Vuestra norma de conducta sea el ejemplo de los buenos.

*
* *

Pensad que las espinas de la vida, á la hora de la muerte, se cambian en rosas.

*
* *

Con ideas revolucionarias nadie llega al Cielo.

*
* *

Examinad si en todas vuestras acciones os proponéis la gloria de Dios.

*
* *

No se camina por un jardín al Paraíso.

*
* *

Más obras y menos palabras.

*
* *

Podéis trabajar y no trabajáis: arrojad de una vez la pereza.

*
* *

Si queréis progresar en el estudio, trabajad más por el Cielo.

*
* *

¿Por qué teméis la fatiga? ¿Quedaré acaso sin recompensa?

*
* *

Si despreciáis los buenos consejos, trabajáis en vano para el alma y el cuerpo.

*
* *

Buscad un verdadero amigo; si le encontráis, escuchad lo que os diga.

*
* *

Recibid á menudo el Pan de los Angeles y conquistad á la reina de las virtudes.

*
* *

Nadie llega á ser santo en un día.

*
* *

Es necesario dar cada día un paso hacia el Paraíso.



ÚLTIMOS DÍAS DE DON BOSCO

La enfermedad.

(Tomado del *Boletín Salesiano*).

El *Diario de la última enfermedad de Don Bosco*, publicado á instancias de nuestros Cooperadores, es un extracto de las apuntaciones hechas con minuciosa solicitud, ya por Don Carlos Viglietti, secretario del venerado enfermo, ya por otros Hermanos. Además de los nombres de los superiores mayores aparecerán en esta relación los de otras personas menos conocidas. Nuestros lectores comprenderán que al usar de tan escrupulosa exactitud queremos que dichas apuntaciones no pierdan nada de su valor.

El *Diario de la enfermedad de Don Bosco*, rico en preciosas enseñanzas, puede dividirse en cuatro períodos: *Primeras tristezas, Angustias, Esperanzas, Duelo.*